

La desaparición del sujeto

Montiel, Juan Antonio

1996

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5442>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA DESAPARICIÓN DEL SUJETO

JUAN ANTONIO MONTIEL*

*Qué importa quién habla —dijo alguien—
qué importa quién habla*

Beckett.

La *desaparición del hombre*, o la *desaparición del sujeto*, o aun la *desaparición del autor* es un tema recurrente del pensamiento contemporáneo. Lucien Goldmann coloca a Michel Foucault “entre los destacados teóricos de una escuela que ocupa un importante lugar en el pensamiento contemporáneo y que se caracteriza por la negación del hombre en general y, a partir de ahí, del sujeto en todos sus aspectos”.¹ Una afirmación de esta naturaleza parece suficiente para justificar por sí sola una monografía: se trata de investigar en qué términos puede plantearse la desaparición del hombre-sujeto-autor, o qué aclaraciones serían suficientes para deslindar un equívoco.

La primera cuestión a plantear aquí, podría ser la del sujeto. Emile Benveniste ha hablado del lenguaje como el fundamento de la subjetividad: “es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de ego”.² Esta afirmación podría sostenerse, por supuesto, en los términos de la psicología: comúnmente la primera palabra de un bebé equivale a una distinción entre su propio yo y el de otra persona, que usualmente es su madre. Decir *mamá* equivale en el niño a elaborar esa distinción de la que hemos hablado y que caracteriza al niño, por primera vez, como un individuo. Pero no es en esos términos como habla Benveniste:

1 Goldmann, Lucien, citado en la discusión de Foucault, Michel: *¿Qué es un autor?* Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, sin año.

2 Benveniste, Emile: “De la subjetividad en el lenguaje”, pág. 180.

* Licenciado en Humanidades y estudiante de la Maestría en Letras Iberoamericanas; UIA-Golfo Centro.

la subjetividad de que habla es la posibilidad del locutor de plantearse como sujeto; el lenguaje requiere de esta apropiación que lo materializa en la forma de discurso: *“el lenguaje no es posible sino porque cada locutor se pone como sujeto y remite a sí mismo como yo en su discurso”*.³ La importancia del acto de la enunciación queda, pues, de manifiesto. Las formas pronominales que existen en todas las lenguas no tienen sentido sino en el acto del discurso *yo, tú, él*; remiten a un locutor, a un alocutario y a un mensaje: son formas vacías que se llenan en el acto de hablar, cuando un sujeto se coloca en la posición de un *yo*, hablándole a un *tú* que está frente a él, acerca de un tercero. No sucede de otro modo con los deícticos, los elementos lingüísticos que dan cuenta del tiempo y del espacio: la caracterización de un objeto como cercano o lejano en el tiempo o en el espacio, sólo puede entenderse en la medida en que remiten a un *ahora* o a un *aquí* que no es otro sino el del enunciante en su acto de hablar. Todas las lenguas distinguen el presente, cuando menos, de otro tiempo, poseen tiempos verbales donde el presente no puede ser otro que el tiempo en el cual el sujeto habla: el tiempo es también una manifestación de la subjetividad, sólo se define en función de que el sujeto habla.

El caso del lenguaje de la ficción literaria es aún más problemático: la naturaleza lógica de las afirmaciones que encontramos en una novela no es la misma, es decir, si tomamos la narración novelística como si fuera un relato de hechos reales simplemente no podemos tomarla en serio, no podemos darle crédito. Félix Martínez Bonati hace una exposición muy clara de los motivos de esta imposibilidad: *“Los rasgos de este discurso que lo descalifican como relato de la circunstancia real son varios. Se habla allí largamente de individuos desconocidos sin que se aporten datos suficientes para posibilitar su identificación efectiva. En muchos casos, no se da justificación alguna para que nos ocupemos de sus vicisitudes, y no cabe duda de que se trata de sujetos oscuros, sin significación histórica o pública, y, con frecuencia, sin siquiera un notorio valor como casos ejemplares para una reflexión psicológica o moral. Por diversos indicios, en especial la vaguedad última de la identificación y el aire de imposibilidad que tienen o los acontecimientos narrados o la óptica con que se los mira, se gana la certeza de que estos sujetos no han existido realmente, o que no han tenido verdade-*

3 *Op. cit.*, pág. 181.

ramente lugar estos precisos acontecimientos, o al menos, que no han ocurrido exactamente como se los presenta. Nuestra incredulidad se hace definitiva al encontrarnos con afirmaciones narrativas o descriptivas que implican una percepción exactísima de lo que los individuos pertinentes hacen cuando están solos, inclusive de cosas que, evidentemente, ni ellos mismos pueden haber observado (...) Ni comprendemos cómo pudo alguien llegar a conocer tales hechos, ni se nos identifica a este observador privilegiado. Para colmo, algunas de estas referencias a las personas del relato describen sus emociones y pensamientos más íntimos, no sólo sin que medie confesión que los dé a conocer, sino como si el narrador los percibiera directa e inmediatamente, de un modo mucho más preciso que lo que le sería posible al propio sujeto de tales movimientos anímicos. Convendremos en que ningún ser humano puede tener tales percepciones, vale decir, en que estas afirmaciones son gnoseológicamente ilegítimas".⁴

Queda claro, pues (espero que así sea, después de esta cita larguísima) que el estatuto lógico del discurso de ficción no puede ser el mismo que el del discurso *real*. John Searle⁵ ha pretendido aclarar esta confusión explicando el discurso de ficción como un compuesto de frases que el escritor no *hace*, sino que *finje hacer*, las frases de este discurso no serían ni verdaderas ni falsas, serían afirmaciones no-serias de las que el escritor haría uso para crear un mundo ficticio. Martínez Bonati, por su parte, plantea una aproximación, a mi parecer, menos forzada: las frases del discurso ficcional lo serían en toda la extensión de la palabra, pero no serían sino frases ficticias enunciadas por un hablante meramente imaginario que no corresponde al autor. Es preciso, pues, para aceptar el discurso de ficción, aceptar frases dichas en un hablar *ficticio*, pero no *fingido*. La teoría literaria moderna ha aceptado que no puede confundirse al narrador con el autor, aunque a veces se le parezca. Entonces, "*podemos imaginar hablantes ficticios que sostienen seriamente afirmaciones (tan ficticias como ellos), verdaderas o falsas, acerca de otros entes ficticios. Y como podemos imaginarlos hablantes de nuestra lengua, no nos cuesta mucho ir escribiendo realmente las palabras de esos discursos imaginarios*".⁶

4 Martínez Bonati, Félix: "El acto de escribir ficciones". Dispositio (NOTAS), Vol. III, No. 7-8, pág. 138. Department of Romance Languages, University of Michigan.

5 Searle, John: "El estatuto lógico del discurso de ficción", en *Lingüística y literatura*, Universidad Veracruzana, México, 1978.

6 Martínez Bonati, *op. cit.*, pág. 144.

Es necesario, pues, no confundir al autor con el narrador. El narrador, es pues un mediador: *"la presencia del narrador se deriva de la sensación del público de que hay una comunicación demostrable. Si siente que le están contando algo, supone que hay alguien que lo cuenta"*.⁷ Es necesario señalar que es posible escribir un texto que aparentemente presentar los hechos directamente frente a los ojos del lector, sin intermediación, pero esto (la *mimesis* pura) no puede ser sino una ilusión. El autor puede además pretender identificarse como el narrador, pero en este caso, según señala Seymour Chatman, no pasaría de ser sino el *"autor (las comillas del 'como si'), o mejor aún el narrador 'autor', uno de varios tipos posibles"*.⁸ Chatman señala también que todo texto tiene un "autor", es decir, que en todo texto existe la marca que el autor deja de sí mismo: la imagen de sí mismo que ha querido (o no ha podido dejar de) mostrar: el autor implícito: *"Es implícito, es decir, reconstruido por el lector a partir de la narración. No es el narrador, sino más bien el principio que inventó al narrador, junto con todo lo demás en la narración, que amontonó las cartas de esta manera especial, hizo que estas cosas sucedieran a estos personajes en estas palabras o imágenes. A diferencia del narrador, el autor implícito no puede contarnos nada. Él, o mejor dicho, ello no tiene voz, ni medios de comunicación directos. Nos instruye silenciosamente, a través del diseño general, con todas las voces, por todos los medios que ha escogido para enseñarnos."*⁹ Es así que podemos distinguir distintos narradores implícitos en textos diferentes de un mismo autor real, o imaginar un texto que, teniendo varios autores reales, tendría necesariamente un único narrador implícito.

Existe, como complemento al autor implícito, un *lector implícito*, o sea: un lector, que no coincide con el lector real, que está implícito en la narración, al que se le llama *narratario*: *"el personaje narratario es solamente uno de los recursos por los que el autor implícito informa al lector real de cómo comportarse como lector implícito, de qué Weltanschauung debe adoptar (...) Es tan necesario distinguir entre narratarios, lectores implícitos (elementos inmanentes a la narración), y lectores reales (elementos extrínsecos y accidentales para la narración) como entre narrador, autor implícito y autor real. El 'usted' o 'querido lector'*

7 Chatman, Seymour: *Historia y discurso*, España: Taurus, pág. 158.

8 *Op. cit.*, pág. 159.

9 *Idem.*

al que se dirige Tom Jones no es Seymour Chatman, ni tampoco el narrador es Henry Fielding. Cuando acepto el contrato de la ficción añado otro ser: me convierto en lector implícito".¹⁰ Cabe decir que el lector real puede no aliarse con el narratario.

El autor y el lector reales quedan, pues, fuera del texto mismo, aunque en un sentido práctico le sean indispensables: no es ésta la desaparición del hombre ni la del autor. Es cierto que la *nouvelle critique* se opone explícitamente a la crítica tradicional: mientras ésta no consistía sino en un recuento de los autores (reales) y de sus obras, y de opiniones autorizadas acerca de éstas, aquélla pretende una crítica que se podría llamar *inmanentista*, es decir, se ciñe a la obra y deja fuera lo que está fuera de ella; en este supuesto el autor no puede pretender conocer el significado de la obra, mucho menos puede hacerlo el crítico, porque la obra no contiene un significado, sino múltiples sentidos: "La crítica no es una traducción, sino una perifrasis. No puede pretender encontrar de nuevo el 'fondo' de la obra, porque ese fondo es el sujeto mismo, es decir una ausencia (...)"¹¹ ¿Es esa ausencia la imposibilidad de reproducir el acto de habla originario de la obra?

Michel Foucault en *¿Qué es un autor?* aborda la relación del texto con el autor, *la manera como el texto apunta hacia esa figura que le es exterior y anterior, al menos aparentemente*".¹² Se puede aceptar que la literatura moderna se ha librado del tema de la expresividad (Jakobson diría que únicamente remite a sí misma), pero también es preciso reconocer que la literatura difícilmente acepta límites. Foucault habla también de la relación de la escritura con la muerte: "Nuestra cultura ha metamorfoseado este tema de la narración o de la escritura hechas para conjurar la muerte; ahora la escritura está ligada al sacrificio, al sacrificio mismo de la vida, desaparición voluntaria que no tiene que se representada en los libros, puesto que se cumple en la existencia misma del escritor. La obra que tenía el deber de traer la inmortalidad recibe ahora el derecho de matar, de ser asesina de su autor (...) esta relación de la escritura con la muerte se manifiesta también en la desaparición de los caracteres individuales del sujeto escritor; mediante todos los ardides que establece entre él y lo que escribe, el sujeto escritor desvía todos los signos de su individualidad particular; la marca del escritor ya no es

10 *Op. cit.*, pág. 162.

11 Barthes, Roland. *Crítica y verdad*. Siglo XXI, México, 1987, págs. 74-75.

12 Foucault, *Op. cit.*, pág. 12.

más que la singularidad de su ausencia; tiene que representar el papel de muerto en el juego de la escritura".¹³ Me parece que está claro que, hasta este momento, Foucault no niega al sujeto, como afirma Goldmann, sino solamente describe una situación histórico-cultural. Foucault señala, también, que ciertas nociones destinadas a substituir el privilegio del autor no son congruentes con la desaparición de éste.

La noción de obra, primero. Está claro que quienes pretenden desaparecer la figura del autor lo hacen por subrayar la importancia de la obra, sin percatarse de la confusión presente en este término: "Entre las millones de huellas que alguien deja después de su muerte ¿cómo puede definirse una obra?"¹⁴ Está claro que es preciso elaborar una distinción entre lo que puede considerarse una obra y lo que no. La otra noción que bloquea la constatación de la desaparición del autor es la noción de escritura: "En el estatuto que actualmente se le da a la noción de escritura, no se trata, en efecto, ni de la marca (síntoma o signo) de lo que alguien hubiese querido decir; hay un esfuerzo extraordinariamente profundo por pensar la condición general de todo texto; la condición a la vez del espacio en que se dispersa y del tiempo en donde se despliega. Me pregunto, si reducida a veces a un uso corriente, esta noción no traspone, en un anonimato trascendental, los caracteres empíricos del autor (...) La desaparición del autor, que desde Mallarme es un acontecimiento que no cesa, se encuentra sometida al bloqueo trascendental."¹⁵ Esta transcendencia es la característica casi mágica del acto de escribir: el enigmático exceso de la obra con respecto a su autor, el misticismo del acto creativo.

Por otro lado está el uso del nombre del autor, que cumple las funciones de un nombre propio, pero que es distinto de éste: no se trata de un elemento del discurso que pueda reemplazarse, sino que asegura una función clasificatoria: caracteriza un modo de ser del discurso, es la indicación de que el texto no debe ser leído como palabra común y corriente: "El nombre del autor no se sitúa en el estado civil de los hombres, ni se sitúa tampoco en la ficción de la obra, se sitúa en la ruptura que instaaura un cierto grupo del discurso y su modo de ser singular. Podría decirse, por consiguiente, que en una civilización como la nuestra hay un cierto número de discursos dotados de

13 *Op. cit.*, págs. 12-13.

14 *Op. cit.*, pág. 14.

15 *Op. cit.*, págs. 15-16.

la función de autor mientras que otros están desprovistos de ella (...) La función de autor es, entonces, característica del modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de la sociedad."¹⁶

Foucault caracteriza la función autor en los siguientes términos: "la función autor está ligada al sistema jurídico e institucional que encierra, determina, articula el universo de los discursos; no se ejerce de manera uniforme ni del mismo modo sobre todos los discursos, en todas las épocas y en todas las formas de civilización; no se define por la atribución espontánea de un discurso a su productor, sino por una serie de funciones específicas y complejas; no remite pura y simplemente a un individuo real, puede dar lugar a varios egos de manera simultánea, a varias posiciones-sujetos, que pueden ocupar diferentes clases de individuos".¹⁷

Retomando la cuestión del principio, la desaparición del hombre, del sujeto y del escritor, pueden percibirse a nivel de un discurso cultural, aparecen o pretenden desaparecer como funciones del discurso, y desde este punto de vista puede ser interesante estudiarlas: "No se trata de afirmar que el hombre está muerto, sino que a partir del tema de que el hombre está muerto —que no es mío, que no deja de repetirse desde el final del siglo XIX— se trata de ver de qué manera, según qué reglas se formó y funcionó el concepto de hombre. Hice lo mismo con la noción de autor. Contengamos, pues, nuestras lágrimas."¹⁸

Quisiera terminar (después de esta profusión de citas) con una cita de Jaques Lacan, que, hablando del comentario de Goldmann dijo: "(...) quisiera hacer notar que, estructuralismo o no, en el campo vagamente determinado por esta etiqueta, de ningún modo se trata de la negación del sujeto. Se trata de la dependencia del sujeto, lo cual es sumamente diferente; y muy en particular, en el nivel del regreso a Freud, de la dependencia del sujeto en relación con algo verdaderamente elemental, y que tratamos de aislar bajo el término de *significante*".¹⁹ Con esto, me parece, volvemos a Benveniste.

16 *Op. cit.*, pág. 20.

17 *Op. cit.*, pág. 29.

18 *Op. cit.*, pág. 53.

19 Lacan Jacques, citado en la discusión de Foucault: *Op. cit.* pág. 58.